

ARTICULO PARAMEDICO

EL PRINCIPITO DE ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY (El encuentro y el juego de la creatividad humana)

Dr. Alfonso López Quintás, Profesor de Estética.

Facultad de Filosofía. Universidad Complutense de Madrid, España.

I. FICHA TECNICA

Los escritores que se revelaron en Francia entre 1925 y 1930 escogieron la novela no tanto para contar una historia (al modo de F. Mauriac o Martín du Gard) cuanto para exponer su concepción de la vida humana, su interna lucha por acercarse a la verdad. La novela, como género literario, se acerca con ello muy sugestivamente al tratado moralístico, al poema, al ensayo filosófico. Claramente influidos por Charles Péguy y M. Barrés, estos escritores (G. Bernanos, A. Malraux, A. de Montherlant, L. Aragon, J. Giono, A. de Saint-Exupéry) forman una "generación ética" de muy notables valores humanos.

Saint-Exupéry se esforzó en toda su obra por destacar la vecindad en que se halla la plenitud humana y la fidelidad creadora a todo aquello que constituye para el hombre una apelación fundamental: los deberes, los otros hombres, la propia tierra ... Con estilo intenso y severo, directo y claro, Saint-Exupéry contribuyó a configurar un modo de literatura realista y poética a la par, cargada de fuerza simbólica y poder de penetración en la realidad más honda. Esta conjunción fue posible porque Saint-Exupéry pensaba con categorías ambítales y veía al hombre como un ser ambital, ambitalizable y ambitalizador. Al plasmar ámbitos surge el lenguaje poético, y al interferirlos se alumbra a luz del símbolo. Simbolismo y poesía no alejan de la realidad: la llevan a plenitud.

Esta plasmación e interferencia de ámbitos da lugar al fenómeno humano del encuentro. Simbolismo y poesía no alejan, pues, de la realidad; la revelan, ponen brillantemente de manifiesto que el hombre alcanza las cotas más altas de su existencia cuando cumple las condiciones del auténtico encontrarse. Las obras de Saint-Exupéry están tejidas de encuentros logrados y encuentros fallidos. Si adivinamos las razones profundas de tal fracaso y tal éxito, tendremos una clave para descifrar el secreto del singular poder que tienen los escritos de Saint-Exupéry para transmitir la experiencia directa de la vida en estilo denso y noble, que se preocupa por adquirir la belleza formal sin perder la inmediatez jugosa del reportaje de alto estilo.

Cuando Saint-Exupéry leyó unas cuartillas de su última obra (*Citadelle*) a varios amigos, éstos se disgustaron al creer haber perdido al auténtico "Saint-Exupéry", al fascinante relator de experiencias humanas. No tuvieron en cuenta que ya en sus obras anteriores, el fin de Saint-Exupéry era descubrir el trasfondo de la realidad, adentrarse en el enigma de los acontecimientos básicos de la vida humana. Lo que en estas obras era intuición fugaz, expresión aparentemente perdida en la fronda del relato, se hace en *Citadelle* tema de contemplación remansada. El paso de un estilo al otro viene dado por una narración densa, fruto de una imaginación creadora que penetra en el sentido de lo real —la vida humana en sus diferentes vertientes— al hilo de una descripción fantástica: *El principito*. Justamente el gran tema de esta obra es proponer un cambio de actitud existencial frente a la realidad, y el modo correlativo de lectura interpretativa de los fenómenos reales.⁽¹⁾

II. PERSONAJES Y SITUACIONES

La nostalgia por las realidades superobjetivas y la vida lúdica

Saint-Exupéry, identificado con el narrador-piloto, comienza descubriéndonos su drama personal, la situación de soledad espiritual en que se halló desde niño por no encontrar personas que supieron ver los

fenómenos extraordinarios que se ocultan a veces tras las apariencias cotidianas. El afán de seguridad lleva al hombre a conceder primacía a los modos de conocimientos exactos, controlables, incuestionables y a relegar a segundo plano, como algo falto de solidez, no serio —y por derivación, “infantil”, en sentido despectivo— los modos de conocimiento intuitivos que se arriesgan a desbordar las figuras más a mano para sorprender su sentido último. Si a las vertientes de la realidad que son mensurables, asibles, ponderables, susceptibles de control y cálculo, reducibles a datos inventariables, fichables, manipulables, dominables, las denominamos “objetivas” —por darse de modo especialmente nítido en las entidades que solemos denominar “objetos” a nivel casero—, las vertientes de la realidad que no ofrecen estas características pueden ser llamadas “inobjetivas”. Estas realidades no mensurables, no asibles, no ponderables, no susceptibles de control y cálculo, no inventariables ni manipulables, presentan las siguientes condiciones positivas:

- Son originarias, irrepetibles, únicas, incanjeables.
- No se reduce a meros casos de un universal.
- Surgen de modo súbito, como fruto de un encuentro, de un juego creador, no de un acto meramente artesanal.
- Ostentan modos de espacio-temporalidad superiores a los de las realidades objetivas. (Si se considera la espacio-temporalidad propia de las realidades objetivas como “modélica”, se tiende a caracterizar las realidades metaobjetivas como intemporales e inespaciales, lo cual suscita problemas insolubles a la hora de integrar el plano de las realidades objetivas y el de las metaobjetivas.)
- Se revelan a “distancia de perspectivas”, “distancia de respeto” o reverencia (Goethe). Se ocultan al que está fusionado con ellas; se descubren al que forma con ellas un campo de juego.
- Muestran capacidad de sorpresas, poder de iniciativa y expresividad, de apelación y respuesta. Son realidades abiertas, no opacas.
- Sólo se abren al sujeto que acepta el riesgo que implica el compromiso personal, el diálogo creador, la dialéctica de apelación y respuesta.
- Muestran un carácter *envolvente*, es decir, constituyen campos de posibilidades de acción con sentido, “espacios lúdicos”, o “ámbitos” en los que puede el hombre inmergirse de modo activo receptivo.
- Merced a este carácter ambital, pueden entrecruzarse fecundamente con otras realidades ambitales, y fundar campos de iluminación (de alumbramiento de sentido y resplandor de belleza). Esta fecunda posibilidad de interacción propia de las realidades superobjetivas constituye una de las razones fundamentales de la vuelta de la filosofía contemporánea a lo concreto.

Frente a las realidades del entorno el hombre puede adoptar dos actitudes:

1. Una actitud *objetivista*, que intenta reducir todo género de objetos de conocimiento a meros objetos, con vistas a una fácil manipulación, cálculo y control de los mismos. Por afán interesado de dominio, la actitud objetivista—al modo del “*esprit de Géométrie*” pascaliano— gusta de reducir lo complejo a lo simple e interpretar los fenómenos estructurales como una mera suma de elementos integrantes.
2. Una actitud *analéctica*, que respeta los distintos modos de realidad en toda su posible riqueza. Es desinteresada, respetuosa, atenta a responder a las apelaciones provenientes de las realidades del entorno. Dotada de un verdadero “*esprit de finesse*” (Pascal), es sensible, para valorar el alto estatuto ontológico de las realidades que brotan en los acontecimientos de encuentro, con su condición relacional y su carga expresiva y simbólica.

La *Hermenéutica*, disciplina filosófica consagrada al tema de la interpretación de textos y fenómenos expresivos, ha sabido poner al descubierto otros innumerables tanteos, desde el pionero F. Schleiermacher hasta el contemporáneo H. G. Gadamer, que sólo la actitud analéctica constituye la base de un método adecuado al estudio de las realidades superobjetivas, no susceptibles de “explicación” científica, sino de “comprensión” filosófica.

El rigor cognoscitivo admite modos diversos en conformidad a los diversos objetos de conocimiento. Los objetos de conocimiento más simples son susceptibles de una explicación exacta, al modo científico, que se basa en mediciones y observaciones verificables por cualquiera. Los objetos de conocimiento más complejos no son susceptibles de este género de clarificación; sólo se revelan a un modo esforzado de “comprensión”, de intuición inmediata-directa, es decir, de un modo de intuición que a través de ciertos elementos expresivos entra en relación de presencia con las realidades que se manifiestan en ellos. El hombre que se mueve a nivel creador no busca tanto la seguridad en el conocer cuanto al ahondamiento en los enigmas de la realidad. Por ello, valora más, en el conocimiento, el agrado de riqueza que el de exactitud.⁽²⁾

En esta línea de añoranza por lo profunda, lo que supera el plano de los objetos más a mano, el piloto solía practicar una forma de dibujo sorpresiva. “Mi dibujo no representaba un sombrero. Representaba una serpiente boa que digería un elefante. Dibujé entonces el interior de la serpiente boa a fin de que las personas «mayores» pudiesen comprender. Siempre necesitan explicaciones.” “Las personas «mayores» nunca comprenden nada por sí solas, y es fatigoso para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones.”⁽³⁾

En virtud de su actitud “objetivista”, las personas “mayores” orientaron al piloto, de niño, hacia el estudio de disciplinas “serias”: geografía, historia, cálculo, gramática. El procuró colocarse al alcance de quienes sólo se mostraban capaces de hablar de bridge, golf, política y corbatas (p. 13), todo ello entendido en sentido superficial, casero, manipulable como un objeto, un útil de uso cotidiano.

El intercambio de ideas acerca de objetos manipulables no funda verdaderas relaciones de diálogo y convivencia. Suma en la soledad, Saint-Exupéry tematiza esta situación de soledad y lo plasma simbólicamente en la imagen del desierto. El término "desierto", entendido en nivel no objetivista, sino lúdico, suele dignificar el estado anímico de desolación provocada por el aislamiento total respecto a los múltiples elementos "objetivos"-mensurables, asibles, manipulables... que uno juzga como un mundo seguro, confiado, inquebrantable. "Por eso yo la voy a seducir: la llevaré al desierto y le hablaré a su corazón", dice en el libro del profeta Oseas (2. 16) el esposo burlado respecto a la esposa infiel. *Llevar al desierto* tiene el sentido purificador que ostenta el *adentrarse en la noche* en los escritos místicos.

La noche corre un velo sobre las innumerables realidades objetivas que dispersan durante el día la atención del hombre. Al quedarse—por así decir—en blanco, la capacidad reflexiva humana gana distancia de perspectiva respecto a las múltiples realidades y acontecimientos diarios. Esta distancia se traduce en un singular poder para sobrevolar los hechos singulares, captar sus interconexiones y asistir a la génesis del sentido. De allí esos momentos de especial "lucidez nocturna" que destacan los psicólogos. El término "noche" sugiere todo un proceso ascendente: el salto del nivel objetivista al lúdico. De ahí su carácter *purificador*, que lo conecta estrechamente con la "angustia", sentimiento que surge—según Heidegger—al desmoronarse el mundo confiado de lo "objetivo" y dispone al hombre para elevarse al plano de lo "inobjetivo".⁽⁴⁾

Instado a configurar su existencia entre realidades "objetivas", el piloto vivió largo tiempo distanciado del entorno. "Viví, así, solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que tuve avería en el desierto del Sahara, hace seis años. Algo se había roto en mi motor" (p. 13). Al fallar lo mecánico—símbolo del confiado mundo objetivo—, el piloto queda *arrojado* en la soledad del desierto. En tal situación límite—"era, para mí, cuestión de vida o muerte"—todo hombre sensible a lo profundo siente la ausencia de lo inobjetivo, lo ambital, lo lúdico; echo en falta la vertiente creadora de la realidad que de ordinario es velada por la presencia absorbente de lo mensurable, lo asible, lo controlable.⁽⁵⁾

Por la fuerza de este sentimiento de añoranza, surge la revelación de lo inobjetivo en la figura enigmática—"inexplicable"—del principito, que no es presente a sí mismo—no aduce datos sobre su persona—, ni hace las preguntas que en su caso serían de esperar: ¿dónde estoy?, ¿qué lugar es éste?, ¿quién es Ud.?, ¿cómo puede llegar a un lugar poblado?... Sobrevolando con increíble soberanía todo este mundo de cuestiones más bien objetivistas—tendientes a hacer la "ficha" de la situación y conferir dominio—, el principito se eleva al plano de la creatividad: "Por favor, ¡dibújame un cordero!" (p. 14). Con ello, de modo súbito, plantea la conversación en nivel lúdico. Dibujar es jugar, en el sentido estricto de crear ámbitos, campos de interacción, bajo unas determinadas normas. Dibujar un cordero no se limita a reproducir la figura de un animal. Implica establecer una relación existencial con el mismo. Por eso, aún no siendo visible su figura por estar encerrado en una caja, desempeña su función, hace juego (p. 17) "Esta es la caja. El cordero que quieres está dentro. Quedé verdaderamente sorprendido al ver iluminarse el rostro de mi joven juez: —¡Es exactamente como lo quería!" (p. 17).

La irrupción del mundo de lo inobjetivo-relacional-ambiental es decidido. El piloto se siente sorprendido, sacudido, y no osa resistir. "Cuando el misterio es demasiado impresionante, no es posible desobedecer" (p. 16). Marcel distingue entre *problema* y *misterio*. El término "problema" designa algo desconocido actualmente, pero cognoscible en el futuro, por ser algo objetivable, susceptible de ser puesto a distancia, sometido a análisis incomprometido, aséptico. El "misterio" no es tanto algo recóndito, incognoscible, cuanto algo envolvente que potencia la capacidad cognoscitiva y, en general, la existencia de quien se adentra en su campo de juego. Es una realidad que por su riqueza constituye un campo de posibilidades y apela al hombre a inmersirse en él de modo activo-receptivo, y a conocerlo por vía de trato, co-creadoramente. Las realidades "misteriosas" no son objetivables, no cabe situarlas a distancia del que desea conocerlas.

El ser, el lenguaje, la persona humana, la comunidad, una obra de arte, un estilo, un valor ético, las realidades religiosas son entidades "misteriosas". Yo, que planteo el tema del ser, soy un ser. No puedo desdoblarme, situar al ser a distancia. Yo, que me planteo el tema del lenguaje, soy un ser locuente. Yo, que me planteo el tema de la maternidad, estoy de tal modo ambitalizado con mi madre que no la puedo considerar como una tercera persona, a distancia. Yo, que me planteo el tema de Dios, debo aceptar en principio que, si Dios existe, compromete mi ser de modo nuclear. No puedo considerarlo como un objeto, por privilegiado que lo suponga. ¿Cómo pueden conocerse estas realidades no objetivables? ¿Pueden ser objetos-de-conocimiento las realidades que no son objetos, realidades situadas a distancia? Su modo de conocimiento debe realizarse por vía de trato no-creador, comprometido. He aquí uno de los temas más relevantes de la investigación filosófica actual, en concreto de la Hermenéutica. Una *teoría de la interpretación* basada en una teoría bien articulada del juego y de los ámbitos, está bien dispuesta para configurar una *lógica de la creatividad* y clarificar las exigencias que plantean al conocimiento humano las realidades no objetivables. Esta clarificación pone de manifiesto que las realidades "misteriosas" (en sentido filosófico) deben ser caracterizadas más bien por su *riqueza ontológica* que por su *opacidad onoscológica*. Son, ciertamente, incognoscibles desde una perspectiva *objetivista*. En general puede afirmarse—como una especie de ley gnoseológica—que cada modo de realidad sólo se manifiesta a quien aborde su conocimiento desde un punto de vista adecuado. Si se toman las realidades objetivas como modélicas y se adapta a ellas el conocimiento, polarizándolo en torno a categorías y esquemas objetivistas, no es viable por principio dar alcance y hacer justicia a las realidades superobjetivas, que son caracterizadas automáticamente—por la fuerza misma del lenguaje—como "irreales", meramente "ideales".

En virtud de sus características peculiares, las realidades "misteriosas" se revelan en medida directamente proporcional a la intensidad con que el sujeto cognoscente se inmerge de modo activo receptivo en el campo de las posibilidades que ellos le ofrecen. Esta actividad inmersiva funda un *campo de iluminación* en el cual las realidades "envolventes" ("misteriosas") se abren de modo gradual a un género de "comprensión" (*Verstehen*) que no se logra el modo de "exactitud" propio del conocimiento científico, pero alcanza formas muy hondas de entañamiento en la realidad. Sólo cuando se restringe abusivamente al alcance y las posibilidades del conocimiento humano, cabe considerarlo "misterioso", como opaco, irracional. La *Hermenéutica lúdica* pone nítidamente al descubierto que lo misterioso es cognoscible de modo riguroso —con el tipo de rigor específico de este modo de realidad— por constituir, en vinculación al sujeto cognoscente debidamente dispuesto, una *fuerza de luz*. No por azar, el principito —que encarna la nostalgia humana por lo superobjetivo lúdico— aparece *al alba*, con el primer sol de la mañana, como una fuente de luz siempre nueva.

Lo superobjetivo no está localizado. Hace acto de presencia, surge, se impone, muestra su eficacia y su riqueza, pero no indica de dónde viene, no lleva al flanco los datos que caracterizan a lo mensurable, asible, verificable: lugar y fecha de nacimiento o producción, localización, medidas, etc.⁽⁶⁾ Es algo que surge de un salto, de modo originario, irreducible.⁽⁷⁾ Lo inobjetivo ostenta una espacialidad y temporalidad superiores. No puede ser delimitado mediante el mero acopio de datos inventariables. El hombre—afanoso de dominar— tiende a fijar a los demás en la malla de los datos objetivos que se obtienen expeditivamente en la experiencia cotidiana y pueden conservarse en una ficha. De ahí la desazón que experimentamos al ser sometidos a interrogatorio, porque recibimos la impresión de ser rebajados de nivel, reducidos a objeto.⁽⁸⁾

Primera etapa del proceso de encuentro entre el principito y el piloto

La primera, tema de contacto entre los dos protagonistas sobre un campo de posibilidades de juego interpersonal que puede abocar a un acontecimiento de encuentro. Conviene analizar con cierto rigor las actitudes que cada uno va tomando y los ámbitos de convivencia que las mismas hacen posible.

Al verse sorprendido por la presencia del principito, el piloto se entregó al sentimiento de *asombro*. Se asombra y admira al que acepta en principio la grandeza de una realidad o acontecimiento. Esta actitud de sensible *estar a la escucha de instancias valiosas* sitúa al sentimiento de asombro (*Hauudbeer*) en el comienzo mismo del filosofar. El asombro se diferencia polarmente del *resentimiento*, sentimiento de pesar provocado por una realidad que nos supera y humilla nuestra actitud prepotente y crispada.

La aparición repentina, inesperada, del noble pequeño provoca en el ánimo del piloto un sobresalto. Constituye un acontecimiento extraño que a mil millas de toda tierra habitada aparezca un niño con aire principesco, sin mostrarse desorientado, ni presentar síntoma alguno de fatiga, hambre, sed o miedo. Esta sorpresa debió de acrecentarse al oír nítida la voz del pequeño que le instaba a dibujar un cordero. El piloto no se replegó sobre sí mismo, en busca de refugio frente a lo desconocido, ni acudió al fácil recurso de la repulsa, que es otra forma de defensa. Dejó de momento su urgente tarea mecánica y se puso a dibujar. "Cuando el misterio es demasiado impresionante, no es posible desobedecer" (p. 16).

Obedecer tiene aquí el sentido de sobrecogerse, responder a la apelación de una realidad admirable, entrar en el juego de la convivencia. ¿Cómo fue posible este primer paso hacia la comunicación por parte de dos seres tan distintos en un contexto vital inhóspito, dramático? Sin duda, porque ambos se movían a nivel lúdico, creador de ámbitos. Todo piloto es un creador de ámbitos. Funda con el avión una tercera realidad, un ámbito dinámico de energía propulsora. Cuando el principito, por error, ve el avión a nivel objetivista, como si fuera un mero objeto, una cosa, el piloto lo corrige inmediatamente: "No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión." "Y me sentí orgulloso haciéndole saber que volaba" (p. 18). Volar significa crear rutas aéreas, ámbitos de tránsito, vínculos entre tierras y personas. En tiempo de vuelo, el piloto está convirtiendo constantemente al avión de *objeto* en *ámbito*, y con ello lo *ludifica*, lo eleva a la condición de *campo de juego*, lugar donde acontece la acción lúdica de volar, vencer la fuerza de gravitación y trazar rutas autónomas.

El principito, por su parte, enteramente consagrado a la fundación de vínculos personales, ignoraba todavía el secreto de la misma. Pero su actitud de *disponibilidad* era absoluta en orden a recibir enseñanza y apelaciones.

Ambos—principito y piloto—están solos, en la soledad del desierto, que aquí encarna simbólicamente el kilómetro cero en la marcha hacia las formas auténticas de convivencia. En apariencia, el piloto se preocupaba tan sólo de reparar el avión y retomar a la tierra habitada. Pero antes ha confesado su frustración ante la variedad de las personas "serias" que no saben adivinar la presencia de lo profundamente allá de lo útil. Era, pues, un hombre a la búsqueda de autenticidad, a medio camino entre la actitud objetivista y la lúdica. Esta condición itinerante le permitió descubrir, en la presencia desconcertante del principito, un "misterio", algo hondo que esconde múltiples virtualidades (p. 19). El principito, tras las diferentes decepciones que le produjo el conocimiento de los pintorescos habitantes de los asteroides que visitó, se hallaba en una angustiosa necesidad de encontrar seres capaces de establecer amistad. Era también un *ser en camino*, tenso hacia la creación de vínculos. Impulsado por esta búsqueda, el principito apela súbitamente al piloto a elevarse al plano de la creatividad, dibujándole un cordero. Debido al estado de mal humor en que se hallaba y a la prisa que sentía por concluir al arreglo del motor del avión, el piloto hizo dos intentos fallidos de dibujar un cordero. Al fin optó por la solución artera de diseñar

expeditivamente una caja con varios agujeros. El principito supo ver inmediatamente tras esta *figura al acontecimiento* que significaba la *aparición de un cordero vivo* que se adentra en el juego de su vida. Este modo de ver *lúdico* —ver en virtud de la fuerza iluminadora del juego— presenta una notable dificultad debida a la tendencia del hombre a recaer en la actitud objetivista, “como el gato tiende a caer sobre las cuatro patas” (Jaspers).

El ver depende del *crear*. El ver humano se orienta hacia realidades diversas, según el tipo de juego en que se halla uno inmerso. Diversos tests psicológicos se basan en el hecho de que el hombre percibe en un diseño amorfo figuras diferentes, relativas al juego que está haciendo en la vida. Al responder el piloto a la *apelación* del principito, quedan ambos situados al nivel donde es posible entreverar los seres e iniciar la creación de una amistad.

En esta primera etapa el principito y el piloto entran en contacto, empiezan a conocerse, pero todavía no se encuentran. De ahí el clima de cierta tensión que se funda entre ambos.

Llama la atención que el principito se muestra tenaz en preguntar y extremadamente parco en responder. Una lectura psicológica podría buscar la razón de este hecho en un rasgo de carácter. La Hermenéutica lúdica considera esta posible explicación como irrelevante en el plano estético. Relevancia ostenta, en cambio, el hecho de que el principito, por encarnar la vertiente del hombre que siente nostalgia por el plano superobjetivo y la actividad lúdica a él correspondiente, haga caso omiso de las preguntas que se le dirigen desde el plano objetivista, y no constituyen para él auténticas *apelaciones*, e insista, por su parte, en cuestiones relativas al *sentido* de los seres y acontecimientos.

En principio, por vía de sacudida, para liberar al piloto de la sumisión excesiva a la tarea *mecánica* de reparar el motor del avión —sumisión que puede implicar una forma de crispación en lo meramente objetivo—, el principito trae al primer plano de la atención temas anodinos para una mentalidad objetivista, pero importantes en orden a sugerir la necesidad de vivir en nivel creador. Tales temas son las relaciones del cordero y la flor, las basbada y el asteroide, la razón de ser de las espinas que ostentan las rosas, la melancolía y belleza de los crepúsculos. Más adelante, en plano de mayor hondura, relata su relación personal con la flor de su asteroide a fin de mostrar el secreto de la amistad verdadera.

Cuando el principito intentó dar el paso hacia una comprensión radical de las relaciones humanas, se produjo un desfase entre su óptica y la del piloto (p. 34). Este se hallaba enfrascado en el trabajo mecánico de arreglo del motor. —“Lo mecánico” se opone a lo “creador”—. Le iba en ello la *vida*. El principito encarnaba la preocupación por develar el secreto de las cosas. Le iba en ello el *sentido de la vida*. Desde su perspectiva, el piloto juzga que preocuparse por descubrir el sentido de las espinas que tienen las rosas no es “serio” cuando se lucha contra reloj en el desierto por arreglar una avería. El principito estima que pasarse la vida ocupado en resolver problemas referentes a cosas manipulables, con las que no se pueden crear verdaderas relaciones personales, es descender a un nivel meramente biológico. Significa perder la vida auténtica, malograrse como ser humano. “Conozco un planeta donde hay un señor carmesí. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha querido a nadie. No ha hecho más que sumas y restas. Y todo el día repite como tú: «Soy un hombre serio! ¡Soy un hombre serio!» Se infla de orgullo. Pero no es un hombre; ¡es un hongo!” “¿Y no es serio intentar comprender por qué las flores se esfuerzan tanto en fabricar espinas que no sirven nunca para nada? (...) ¿Y no es importante que yo conozca una flor única en el mundo que no existe en ninguna parte, salvo en mi planeta, y que un corderito puede aniquilar una mañana, así, de un solo golpe, sin darse cuenta de lo que hace? ¿Esto no es importante?” (p. 36/7).

A medida que hablaba, el principito se fue acalorando hasta enrojecer, y al final rompió a llorar. El llanto responde al desmoronamiento de un mundo. En el interior del principito empezaba a desplomarse la esperanza de encontrar personas sensibles a lo superobjetivo, lo que aparece como inútil e irreal cuando se lo ve desde el plano de las realidades objetivas y con la actitud manipuladora o ellas correlativas.

El piloto —que desde niño sabía ver a través de las apariencias— comprendió ahora de pronto la lección práctica que había intentado darle el enigmático pequeño, al reprocharle que había hablado como las personas mayores, confundiendo todo, mezclándolo todo. Era necesario, en verdad, conceder el debido valor a lo singular irreductible, sobre todo a lo personal, a costa de todo el mundo objetivista. El valor de lo concreto irreductible procede de su capacidad de vincularse con otras realidades y fundar ámbitos de mayor envergadura y hacer emerger así campos de iluminación. “No me importaban ni el martillo, ni el bulón, ni la sed, ni la muerte. En una estrella, en un planeta, el mío, la tierra, había un principito que necesitaba consuelo. Lo tomé en mis brazos. Lo acuné...” (p. 37).

Cuando más parecía agrandarse el abismo entre la actitud del piloto y la del principito, el llanto de éste le reveló súbitamente a aquél el valor de lo personal-irreductible: una persona se hallaba en desconsuelo y había que abandonar las tareas más urgentes. Sin comprender del todo la realidad personal del principito, el piloto se entrega a él, lo acoge, establece una relación tutelar. Para tratar a una persona como tal, no se requiere tener de ella un conocimiento exhaustivo. Basta encontrarse en presencia de una realidad que se muestra *toda ella*, si bien *no del todo*. “No sabía cómo llegar a él, dónde encontrarle... ¡Es tan misterioso el país de las lágrimas...!” (p. 38).

Esta opción del piloto a favor de la vida personal da origen a una relación de encuentro con el principito. Sólo el que se eleva al plano de lo superobjetivo-relacional-ambital puede abrirse de modo creador a los demás y fundar con ellos ámbitos de convivencia, vínculos personales. Para establecer un auténtico nexo con una flor, hay que verla no como un objeto, sino como un ámbito, un campo de realidad

dotado de cierta iniciativa—de poder expresivo, de capacidad expansiva . . . —, singular, único, irreductible a un mero caso del universal. “Si alguien ama a una flor de la que no existe más que un ejemplar entre los millones y millones de estrellas, es bastante para que sea feliz cuando mira las estrellas” (p. 37).

La flor de su asteroide va a constituir para el principito el ser que polarice su atención en orden a purificar su mirada y hacer el difícil aprendizaje del auténtico encuentro. En principio, por ser demasiado joven, no supo amar a su flor y, a la luz que desprende el amor, comprenderla debidamente, adivinar su ternura tras la capa un tanto decepcionante de su vanidad y sus pobres astucias (p. 42).

Segunda etapa del encuentro

Merced a su actitud de apertura, el principito y el piloto inician un diálogo. Actúan con personalidad, pero sin cerrazón, abiertos a la sorpresa de la iniciativa ajena (pp. 16 y 17), corrigiendo en caso necesario el propio punto de vista y revelando paulatinamente su modo de ser—sobre todo la actitud ante las realidades del entorno—y su lugar de origen (pp. 18, 19, 27, 28). Todo cuanto significa apertura realizada en clima de mutuo acogimiento funda vínculos. La *confidencia* inspirada por la *confianza*—que es fe en la veracidad y fidelidad del otro—convierte estos vínculos en un campo de *intimidad*.¹² En todo diálogo auténtico los coloquiantes respetan la intimidad del otro, no la fuerzan a manifestarse, la dejan seguir su propio *tempo*. El piloto—ansioso por descubrir el misterio del principito—lo acoge a preguntas. Aunque el principito alude una y otra vez la respuesta, el piloto no se cierra sobre sí; prosigue el diálogo, para conceder al pequeño plena libertad de autodespliegue (pp. 19 y 20). De este modo, el piloto se fue adentrando en la comprensión de la “pequeña vida melancólica” del principito *poco a poco* (p. 32), sabiendo esperar, como hay que esperar las puestas de sol (p. 33) y el surgir de la amistad (p. 83).

En este clima de serena confianza y libertad, el principito revela al piloto la extraña y aleccionadora historia de su viaje sideral. Decepcionado de su flor, a causa de su infantil arrogancia, inicia un largo periplo en busca de una amistad verdadera. Visita diversos asteroides y entra en contacto con otras tantas personas que encarnan diferentes papeles y actitudes: el rey, el vanidoso, el bebedor, el hombre de negocios, el farolero, el geógrafo . . . El farolero, fiel a la consigna de encender y apagar el farol con agotadora frecuencia, despierta la simpatía del principito por entregarse generosamente a algo distinto de sí mismo, a un trabajo aparentemente inútil pero bello. “...Es el único que no me parece ridículo. Quizá porque se ocupa de una cosa ajena a sí mismo” (p. 64). *Ridículo* se opone a serio, digno. La máxima dignidad la adquiere el hombre cuando despliega su ser personal abriéndose creadoramente a las realidades del entorno. Los otros personajes le parecen ridículos por no consagrarse a fundar auténticas relaciones con la realidad. El rey reduce a los hombres a súbditos, y a éstos a objeto de mero espectáculo (p. 46). El vanidoso considera a los demás como posibles admiradores (p. 52). El bebedor es un hombre entregado al silencio de mudez, a la reclusión que sigue el vértigo de la gula. El hombre de negocios sólo considera serio aquello que conduce a la posesión de bienes. Esta atención fascinada a lo posible le impide salir al encuentro de las personas en cuanto tales (p. 55). El geógrafo toma el mundo como objeto de cómputo y registro. Únicamente muestra interés por las realidades que no cambian. Es insensible a lo efímero, lo que se agosta, como las flores, en breve tiempo (p. 68). El principito, siempre a la busca de nuevas luces sobre lo superobjetivo, lo no asible, no manipulable, lo que sólo a una mirada totalmente generosa ofrece su cabal sentido, hizo diversas preguntas, insistentemente. Pero apenas recibió una respuesta atinada. Estas “personas mayores” le parecieron muy extrañas. Y partió para la Tierra pensando en su flor (p. 69).

Viene en busca de amigos. Y parte de cero, desde la soledad del desierto. En un primer momento, intenta hacerse de amigos por la vía contundente de alzarse a una montaña y hacer oír su voz. Pero sólo percibe el eco de sus palabras. El eco suena a hueco; no es una respuesta, es una mera repetición mecánica, falta de iniciativa, provocada por determinadas circunstancias físicas. El principito estimó de forma expeditiva que ello respondía a la falta de imaginación de los hombres que no saben sino repetir cuanto se les dice (p. 76), a diferencia de su flor, que siempre tomaba la iniciativa en el diálogo. Muy pronto, el zorro le iba a sugerir dulcemente dónde se hallaba el error. Pero antes tendría que pasar por una gran prueba que le serviría para ganar en madurez.

En ruta hacia la morada de los hombres, el principito encuentra un jardín florido de rosas, semejantes a la flor de su asteroide. Esta abundancia de flores iguales parece en principio reducir la suya a un mero individuo de una especie. Al constatar que su flor no era *única* en el universo, el principito sintió una profunda decepción, que le provocó el llanto. Esta situación límite lo puso en disposición de aprender definitivamente que la auténtica unicidad no responde al mero hecho de carecer de semejante, sino al acto positivo de crear relaciones de encuentro, de “domesticar” (*apprivoiser*).

Domesticar—le dice el zorro—es “crear lazos”, fundar ámbitos de convivencia que hacen surgir una luz especial para comprenderse mutuamente en lo que cada uno tiene de peculiar. La realidad cabal de los seres se despliega en estas interferencias creadoras. La realidad más genuina de cada ser es *relacional*.¹³ No puede delimitarse dónde termina un ser y comienza el otro. “... Si me domesticas, tendremos necesidad el uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo” (p. 62). El principito acaba de ser apelado a elevarse al nivel lúdico, creador de ámbitos rigurosamente personales. En principio, al ver al zorro, destacó su belleza y le rogó que viniese a jugar con él para disipar la tristeza que lo embargaba. A esta proposición, inspirada en el propio interés, respondió el zorro negativamente por entender la acción de jugar de modo estricto, no como mero pasatiempo, sino como creación de ámbitos, en este caso ámbitos interpersonales (pp. 80-81). “No puedo jugar contigo —dijo el zorro—. No estoy domesticado” (p. 81).

El principito empieza a comprender que entre él y su flor se había iniciado un proceso de domesticación mutua. La domesticación funda calidad, novedad, sorpresa, luminosidad; vence la monotonía aburrida del mundo en que todos los seres están nivelados, igualados, amorfamente indiferenciados, por tratarse de modo objetivista, sin ímpetu creador de lazos, de ámbitos de convivencia (p. 83).

La creación de ámbitos permite superar el nivel de lo meramente objetivo y el afán correlativo de posesión. El trigo es inútil para el zorro a nivel de necesidad vital y de avidez instintiva. Pero será muy útil como suscitador del recuerdo del ser amado. Recordar es una actividad creadora. El trigo, de mero objeto, se convierte en *lugar viviente de cruce de ámbitos*: el del principito y el del zorro. En cuanto tal, gana un poder simbólico, poder de remisión a una realidad distinta que en él se hace de algún modo presente. Esta presencia le confiere un peculiar relieve y resplandor. Cuando acontece una relación de encuentro, todo el entorno se transfigura en cuanto entra en el juego creador.

Este ascenso al nivel de creatividad marca el comienzo de la vida ética —vida de relación comprometida— y de la vida estética —vida de relación con fenómenos luminosos en que se patentiza la realidad relacional de los seres—. “Cuando me hayas domesticado, ¡será maravilloso! El trigo dorado será un recuerdo de ti. Y amaré el ruido del viento en el trigo. . .” (p. 83).

Esta luz —que procede de la apertura creadora y va hermanada con el amor— hace posible el conocimiento profundo, la penetración en la realidad integral de los seres. “Sólo se conocen las cosas que se domestican”, advirtió el zorro (p. 83).

La creación de lazos interpersonales se da a nivel superobjetivo, muy por encima de toda banal actitud manipuladora, expeditiva, mercantilista. Por eso ocupa tiempo, exige paciencia y discreción. “Los hombres ya no tienen tiempo de conocer nada. Compran cosas hechas a los mercaderes. Como no existen mercaderes de amigos, los hombres ya no tienen amigos” (p. 83).

En el nivel creador de lazos personales, el tiempo se cualifica y da lugar a los ritos, aquello “que hace que un día sea diferente de los otros días; una hora, de las otras horas. Entre los cazadores, por ejemplo, hay un rito. El jueves bailan con las muchachas del pueblo. El jueves es, pues, un día maravilloso” (pp. 85-86).

La creación de vínculos es una forma de juego que produce una eclosión de luz y permite ver la realidad desde una perspectiva más alta. “Ve y mira nuevamente a las rosas —indicó el zorro al principito—. Comprenderás que la tuya es única en el mundo.” “El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.” He aquí el secreto de la actividad cognoscitiva del hombre: “No se ve bien si no con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.” Lo esencial se hace patente cuando uno se interfiere comprometidamente con otra realidad y se responsabiliza de ella. “Los hombres han olvidado esta verdad, dijo el zorro, pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa . . .” (pp. 87-88).

Hay que distinguir *ser responsable de* y *responder a*. Se es responsable de lo que se ha domesticado en el sentido de que la realidad plena de este ser pende de mi actitud colaboradora. Colaborar con una realidad es responder a sus apelaciones. Ser responsable significa ser capaz de dar respuesta a una apelación, contribuyendo de esa manera a desplegar la personalidad del que apela. Ser responsable de alguien con quien se estableció una relación de trato mutuo implica la obligación de desplegar la personalidad de éste mediante una actitud de apertura a la respuesta, o “responsabilidad”. Persona responsable es la que se mantiene abierta a toda apelación digna de respuesta por su parte.

Tras el diálogo con el zorro, el principito cayó, sin duda, en la cuenta de que sus gritos en la colina pidiendo amigos no obtuvieron respuesta *porque no constituían una apelación*. La amistad debe sugerirse discretamente, de persona a persona, en la intimidad del trato dual, pues el encuentro implica relación personal, entrega, fundación de ámbitos de convivencia, y esta tarea no puede realizarse a través de formas de comunicación masivas.

El trato discreto que exige la vida íntima exige *paciencia*, la adopción de un *tempo* lento. La temporalidad eminente, propio de la actitud creadora, contrasta con la agitación alocada de los hombres que se desplazan de un lado a otro sin perseguir meta alguna valiosa, con lo cual giran sobre su propio eje sin avanzar (pp. 88-89, 94). No crean ámbitos de interferencia, no se planifican, no sienten gozo, no se instalan en el campo de iluminación que estos ámbitos fundan, y quedan ciegos para los símbolos. El símbolo es una luz peculiar que surge en los fenómenos de interferencia. Las realidades constituidas por un cruce de campos de realidad son realidades simbólicas no porque remitan a algo que las trasciende, sino porque en ellas se alumbra el sentido cabal de los elementos que las integran. La carretera del filme *La Strada* —de F. Fellini— se convierte en símbolo de vida desarraigada y desvalida porque en ello se cruzan los ámbitos existenciales que integran la vida de los protagonistas. Para realizar este cruce integrador debe el hombre tomarse tiempo. Es justo lo que hacen los “niños”, las personas que adoptan ante la vida una actitud de cocreación, no de manipulación expeditiva.

Tercera fase del encuentro:

El simbolismo de la fuente y la búsqueda de lo invisible

Tras varios días de agotadora estancia en el desierto, el piloto se muestra angustiado por la falta absoluta de agua. En esta situación límite, el principito vuelve a destacar el valor de un acontecimiento lúdico: la *amistad*. “Es bueno haber tenido un amigo aun si vamos a morir.” El principito parecía

insensible a las penalidades. Pero de repente exclamó: "Tengo sed también . . . Busquemos un pozo . . ." (p. 91). Esta apelación hizo surgir en el piloto virtualidades nuevas, las virtualidades que surgen en el encuentro. Pese a ser consciente de que "es absurdo buscar un pozo, al azar, en la inmensidad del desierto" (p. 91), comprendió de golpe, sin duda imantado por la convicción del principito, que la búsqueda en común, comprometida y solidaria, albergaba tesoros tan valiosos o más que el agua que apaga la sed física. "El agua puede también ser buena para el corazón . . ." (p. 92), como lo es la contemplación de las estrellas debido a la flor que tal vez existe en ellas ocultamente.

Iluminado por esta idea, el piloto entrevió que el verdadero sentido de la figura del principito, lo que la tornaba sobrecogedora no era su porte gentil, la gracia de su risa espontánea, el enigma de su conducta, sino algo más escondido y frágil: su fidelidad hacia una flor lejana y efímera (p. 93).

Como fruto de una búsqueda esforzada y solidaria, aparece en la soledad del desierto un pozo. No es un pozo del Sahara, sino un pozo de aldea, con roldana, balde y cuerda, para indicar que lo que en el fondo iban buscando el principito y el aviador no era tanto el agua que es *medio* para saciar la sed corporal cuanto el agua que es *medio* en el cual se dan cita y unen dos personas con voluntad de compromiso. Lo que buscaba el principito era el encuentro personal a través de una marcha fatigosa compartida en el estrecho pasillo que separaba en aquel momento la vida de la muerte.

Y todo encuentro constituye una *fiesta*, un don que eleva el tono del espíritu y lo nutre.

Una fuente que mane de lo hondo de la tierra un alto poder simbólico porque es el lugar de confluencia de diversos campos de realidad: el océano, el sol, la lluvia, las capas terrestres que la albergan, las circunstancias que le impulsan a aflorar a superficie, el caminante exhausto, la escasez de agua en el contorno . . . "Yo sé, dijo el principito, si tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, caminaría muy suavemente hacia una fuente . . ." (p. 90). Caminar hacia la fuente es uno de los momentos que dan lugar al fenómeno "fuente" visto en su condición relacional. El caminar hacia lugares donde acontecen fenómenos de encuentro confiere sentido al carácter *inerante* de la vida humana. Este alumbramiento de sentido calma la ansiedad del hombre y lo eleva a un estado de exultación festiva.

En las fiestas hay profusión de luz porque todo acontecer festivo es luminoso de por sí, de dentro afuera. Esta luz que brota en los momentos festivos del encuentro interpersonal era la meta que impulsaba la inquieta búsqueda del principito a través del desierto. "Tengo sed de esta agua —dijo el principito—. Dame de beber. Y comprendí lo que había buscado." "Levanté el balde hasta sus labios. Bebió con los ojos cerrados. Todo era bello como una fiesta. El agua no era un alimento. Había nacido de la marcha bajo las estrellas, del canto de la roldana, del esfuerzo de mis brazos. Era buena para el corazón, como un regalo" (p. 96).

El simbolismo del agua buscada con afán en la torridez del desierto y en comunidad se pierde cuando se suple el efecto benéfico del agua con unas pastillas que son mero producto del saber técnico (p. 89).

En cambio, las realidades más adustas se iluminan y adquieren valor simbólico cuando se los asume en el dinamismo de la creación de ámbitos. Incluso el desierto es bello, en cuanto puede esconder una corriente de agua, elemento que, al interferirse con el caminante sediento, da lugar a un fenómeno de la fuente como cruce luminoso, como símbolo. "Sí, dijo el principito; ya se trate de la casa, de las estrellas o del desierto, lo que las embellece es invisible" (pp. 92-93), algo muy frágil como la luz de una lámpara, pero decisivo para conferir sentido a la vida. "No se ve lo que es importante" (p. 103). "Lo más importante es invisible" (p. 93). " . . . Los ojos están ciegos. Es necesario buscar con el corazón" (p. 97), comprometiendo el ser entero.

El generoso compromiso mutuo elevó al principito y al piloto a un nivel alto de comprensión. Tras haber creado un ámbito de convivencia con el principito, el piloto sentía la risa de éste como algo profundamente simbólico, semejante a la fuente del desierto. El principito, ante su inminente partida, se esfuerza por ampliar todavía más la mirada del piloto, su capacidad de captar lo superobjetivo, para que en adelante acierte a ver las estrellas como realidades simbólicas, en las que se entrecruzan y vibran conjuntamente sus dos vidas. Será un regalo, como su risa expresiva, como el agua refrescante del desierto. "Tú tendrás estrellas como nadie las ha tenido." "Cuando mires al cielo, por la noche, como yo habitaré en una de ellas, como yo reiré en una de ellas, seré para ti como si se rieran todas las estrellas. ¡Tú tendrás estrellas que saben reír" (pp. 104-5). "Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas serán pozos con una roldana enmohecida. Todas las estrellas me darán de beber . . ." (p. 107).

La captación del sentido simbólico—interferencial—de las realidades altera radicalmente el modo de ver el universo. Todo se dinamiza, se humaniza y carga de sentido. "En un gran misterio. Para vosotros, que también amáis al principito, como para mí, nada en el universo sigue siendo igual si en alguna parte, no se sabe dónde, un cordero que no conocemos ha comido, si o no, a una rosa. . ." (p. 111).

Este cambio de perspectiva es fuente de muy honda belleza, porque el fenómeno de lo bello es *relacional*. "Esto es, para mí, el más bello y más triste paisaje del mundo. Es el mismo paisaje de la página precedente, pero lo ha dibujado una vez más para mostrárselo bien. Aquí fue donde el principito apareció en la Tierra y luego desapareció" (p. 113). Para el piloto, este adusto paraje desértico, que muy bien pudo convertirse en su tumba debido al fracaso de lo objetivo —la realidad mecánica del motor del avión—, constituye el más bello paraje de la tierra, sencillamente porque en él se inició y llegó a plenitud su relación de encuentro con una persona excepcionalmente dotada.

Cuarta fase del encuentro: La plenitud del encuentro y la prueba de la ausencia

El encuentro engendra intimidad personal, integración de sentimiento y voluntad, respeto mutuo. Las personas unidas por el amor no se fusionan, conservan la capacidad de distanciarse sin alejarse, porque, el atender a aquello de que son responsables, siguen manteniéndose unidos a *distancia*. El encuentro libera a la voz de la soledad y de la sumisión a los modos egoístas de inmediatez. "Debes trabajar—dijo el principito al piloto—. Debes volver a tu máquina" (p. 99). "Estoy contento de que hayas encontrado lo que faltaba a tu máquina. Vas a poder volver a casa..." (p. 102). Una vez logrado el encuentro, como una cima existencial, el principito sugiere al piloto que consagre atención a una tarea objetivista, tomada no como fin, sino como medio para rehacer el camino hacia la amistad con sus semejantes. Desde esta altura, se constata que cuando el principito instaba al piloto a posponer el arreglo del motor y consagrarse a dilucidar cuestiones aparentemente anodinas, quería establecer un orden de prelaciones para conferir sentido pleno a la existencia cotidiana.

El juego del encuentro interhumano lo pone todo a una nueva luz. "Yo también hoy vuelvo a mi casa", una casa lejana, con una lejanía de hondura y enigma (pp. 102-3). El principito sentía miedo y pena ante la partida, pero se abandonaba a lo verdaderamente importante, que está más allá de la apariencia; la apariencia, por ejemplo, de que va a morir, cuando en realidad se trata de una vuelta a casa (p. 106). Esta separación deberá sumir al piloto en tinieblas; transformará más bien su modo de ver el universo, lo llenará todo de luz y de alegría al hacerlo depositario de un tesoro recóndito, invisible pero real. "Tú tendrás estrellas como nadie las ha tenido." "... Cuando te hayas consolado(...), estarás contento de haberme conocido. Serás siempre mi amigo." "Yo también miraré las estrellas. Todas las estrellas me darán de beber..." (pp. 104-5). He aquí la transfiguración que opera el encuentro; acontecimiento inverso al despueblo del mundo que sigue a la pérdida de un ser amado. "Un seul être manque et tout est dépeuplé" (A. de Lamartine).

A través de un severo aprendizaje y un lento proceso de purificación, el principito y el piloto han logrado la forma eminente de unión personal que llamamos amistad, y seguidamente, en virtud de la fidelidad que implica el amor auténtico, se ven instados a renunciar al halago de la inmediatez física para restaurar, en nivel de mayor autenticidad, la vinculación a los seres de su entorno hogareño: los demás hombres—por lo que toca al piloto—, la flor—por lo que toca al principito—. Merced al proceso de esforzada depuración espiritual a que ambos se han sometido, el reencuentro tendrá lugar ahora en nivel *lúdico*, nivel creador de auténticos ámbitos. La madurez de espíritu nos permite establecer vínculos personales muy intensos a través de los diversos elementos que sirven de vehículos a la unión. Entre tales elementos figuran los rasgos de carácter que uno puede considerar defectuosos.

Todo —lo positivo y lo en apariencia negativo— queda transfigurado y hecho transparente cuando es puesto en tensión dinámica por la generosidad de un amor oblativo. Esta transfiguración hace posible la actitud de *fidelidad* que mantiene la relación de presencia y encuentro a través de los cambios que provoca el tiempo en los seres que no aman.

"El principito", escuela de encuentro

La obra "El principito" se revela a una lectura lúdica como una *escuela de encuentro*, difícil acontecimiento personal que exige un largo aprendizaje y una dura ascesis. En principio, el piloto y el principito sentían nostalgia por la vida creadora, pero se hallaban lejos de conocer el secreto de su poderosa e ineludible lógica interna. Contra lo que pudiera parecer en un primer momento, debido a su enigmático descenso de una región superior, el principito no representa el papel de maestro infalible que venga a transmitir un mensaje de sabiduría. Se muestra como un niño de figura noble, preocupado por plantear con radicalidad, de frente y en exclusiva, los temas básicos de la vida personal. El piloto era un joven sensible a toda suerte de actividad creadora, pero se hallaba atenazado por urgencias de carácter artesanal, objetivista, y debía realizar un giro en su sistema de prioridades. Ambos —piloto y principito— procedían por tanteo, cometían errores, aumentaban su caudal de experiencia pacientemente, aceptaban y agradecían las lecciones que alguien les daba. Tras un año de ejercitación valerosa, muestran una sorprendente madurez.

Su trato personal empieza a ostentar las características del encuentro y se convierte en un *campo de iluminación*, que arroja luz sobre toda la obra y la inunda de ese enigmático "esplendor" que llamamos belleza. No por azar las últimas páginas de la obra desprenden una luz especial que orla las figuras amigas del principito y del piloto y baña, de horizonte a horizonte, la inmensa aridez del desierto.

NOTAS

1. En esta breve y densa obra encontramos en esbozo todos los grandes temas del pensamiento existencial (Jaspers, Marcé, Heidegger).
2. Para situar estas precisiones dentro del contexto de la filosofía contemporánea, recuérdese que "objetivo" e "inobjetivo" se dicen en alemán "gegenständlich", "ungegenständlich", y en francés "objectif", "inobjectif".
3. La traducción alemana de "asible" es "handgreiflich"; la de "comprender", "verstehen", y la de "explicar", "erklären". Entre el nivel objetivo y el superobjetivo no media una relación dicotómica de escisión, sino de integración expresiva. La contraposición se da entre la actitud objetivista y la superobjetivista o lúdica, la manipuladora-egoísta-posesiva y la respetuosa-creadora.
4. Cf. *El Principito*, Alianza Editorial, Madrid, p. 12. Cito esta traducción castellana, no del todo lograda, para mayor facilidad del lector. La edición original fue realizada por Gallimard (Dario), en Harbrace Paperbound Library, Harcourt, Brace and World, Inc., Nueva York, 1943.
5. Sobre la importancia de la melancolía en el punto de partida del filósofo, véase R. Guardini: *Unterscheidung des Christlichen*, Matthias Grunewald, Maguncia 1963, pp. 519 ss.
6. Véase la bella descripción que hace N. Hartmann del ser ideal en su obra *Zur Grundlegung der Ontologie*, Hain, Meisenheim am Glau, 1948, p. 244.
7. Esta idea de lo irreducible que se implanta en la existencia de modo súbito expresada por Heidegger mediante el término "Ur-sprung" (salto a lo originario).
8. Las entrevistas no deben montarse sobre la base de interrogaciones, porque éstas tienen un cierto carácter violento, ya que implican una especie de irrupción en la intimidad. Deben más bien, sugerirse los temas para que el entrevistado libremente acepte la invitación a clarificarlos.
9. Advértase la raíz común —"fid"— de los términos *confidencia*, *confianza*, *fidelidad*, *fide* (fidei).
10. Cf. S. Kierkegaard: *La enfermedad moral o De la desosmeración y el pasado*, Cuadarrama, Madrid, 1969.